

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre*, (conclusion de la parte primera,) por Maria del Pilar Sinués de Marco.—*Amor á prueba de ingratiudes*, soneto, por D. Antonio Ferrer del Rio.—*Hijo por hijo*, (continuacion) por doña Maria Mendoza de Vives.—*En un album*, poesia, por D. R. Rodriguez Correa.—*La Virgen del Robledo*, por D. José Fernandez Espino.—*Teatros*, por Una madre de familia.—*A nuestras suscriptoras*, por la Redaccion.—LÁMINAS.—Los retratos de *Ana de Cleves*, *Catalina Howard* y *Catalina Parr*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Conclusion).

XLIV.

CLARA Á MME. HONORIA.

Castillo de Montemar, octubre de 18...

Ayer á las siete de la tarde, señora y amiga mia, se celebró mi casamiento al mismo tiempo que el de mi hermana en el oratorio del castillo.

¿Qué diré á V. de Camilo, si ya le conoce? no lo sé, porque me parece el ideal de la humana perfeccion!

Llegó por la mañana, en su silla de posta: mi buena madre y yo le esperábamos con el ansia que V. misma puede suponer: mi angelical hermana, mi querida Mérida, á pesar de estar próxima á ver colmados todos sus deseos, no podia disimular la angustia que la atormentaba, hasta ver llegar al conde: á la una descubrimos desde el gran balcon del castillo, donde nos hallábamos las tres, el polvo que levantaba en el camino el tiro de su silla de posta: un grito de alegria se escapó de nuestros labios... si no hubiera venido... ¡qué terrible desgracia, sobre todo para mi que le esperaba con toda la impaciencia del amor!

Pero no: él es incapaz de faltar á sus palabras.
Año I.—Núm. 48.

bras: en su última carta nos anunció que llegaría á la una, y á esa hora se apeaba á la puerta del castillo.

Ví un hombre, cuya figura estaba dotada de una distincion suprema, jóven, elegante, de apostura grave y varonil.

Subió sin detenerse, entró en el salon, y mi madre se adelantó á recibirle algunos pasos.

—Aquí estoy, madre mia, dijo Camilo alargándole sus dos manos: ¿es aquella mi Clara?

Yo estaba trémula y confusa: pero él debía conocerme por alguna descripcion muy fiel de mi figura, porque se dirigió al instante hacia mi, sin equivocarme con mi hermana.

—Es mucho mas hermosa de lo que yo creia! dijo con una admiracion que llevaba el mismo sello de verdad que todas sus palabras y que todas sus acciones: vamos, Clara, añadió: mírame á tu vez para que me digas lo que te parezco.

Yo levanté los ojos, y quedé deslumbrada: tanta es la pureza y perfeccion de su rostro noble y hermoso, apasionado y dulce.

—Mi hija menor, dijo mi madre presentando á Mérida, que enjugaba algunas lágrimas de alegria: y este jóven, su futuro esposo, añadió, señalando á Juan Bautista, que grave y sereno presenciaba aquella escena, sin decir una palabra.

Camilo tomó de la mano á mi hermana: miró su carita dulce y blanca, y exclamó con el acento de la verdad:

—¡Oh, qué linda figura! qué encantadora niña!

—Cuidado, que está allí el novio! dijo riendo mi madre.

—Y qué importa? repuso Camilo: lo que digo es verdad, y él no se enojará de oírlo, cuando, por el contrario, debe halagarle.

—No por cierto, señor conde, dijo Juan Bautista, yo quisiera que todos hallaran á Mérida tan bonita como yo.

31 de diciembre de 1864.

—Lláname tu hermano, amigo mio, y dime tu nombre.

—Juan Bautista, dijo Mélida.

Al oír la dulce voz de mi hermana, se volvió Camilo vivamente: pero la calma, tornó muy pronto á posesionarse de su noble apostura, y alargó la mano á Juan, que la estrechó cordialmente.

¿Qué mas diré á V., mi querida amiga? Camilo pasó un buen rato conversando con nosotras, y luego cada uno se fué á vestir para la ceremonia: pasamos á ver á la Mariscala, pero estaba en su lecho, aletargada por una aguda fiebre que cada día parece crecer mas y mas: no nos oyó, ni nos atrevimos á hablarle por no empeorar su estado.

Mañana salimos Camilo y yo para esa córte, y en breve nos veremos: mamá se queda aquí para cuidar á su amiga, á la que no quiere abandonar.

Cesar se ha casado con Valentina, en el mismo oratorio, despues de celebrar la boda de Mélida y la mia: ya no les odio: me son indiferentes y he podido saludarlos sonriendo: soy tan dichosa, que ahora agradezco al marqués el desaire que me hizo, y que me ha llevado á casarme con Camilo.

Adios, amiga mia: la abraza su feliz Clara que hoy se llama con inmenso orgullo

LA CONDESA DE PEÑAFIEL.

XLV.

MÉLIDA A MADAME HONORIA.

Castillo de Montemar, octubre de 18..

Anoche á las siete, mi querida é inolvidable amiga, me uní con lazos indisolubles á mi querido y escelente Juan Bautista: su padre, su madre y su hermano asistieron á la boda; el primero y el último parecían alegres y felices: en cuanto á su madre, parecia abatida y deseperada.

Apenas alzó la cabeza, y una espresion sombría brillaba en sus pupilas al terminar la ceremonia.

Mi madre les invitó á quedarse á cenar, con esa dulzura que le es propia; pero ella contestó bruscamente:

—Yo no me quedo. Matias y Santiago harán lo que les parezca.

Estos, que se hallan dominados por esa pobre mujer, victima de su carácter violento, la siguieron, no sin dirigirme una triste mirada.

—¿Por qué no te quedas tú, Santiago? pregunté yo á este escelente muchacho.

—¿Qué dices? exclamó con terror: ¡tú no sabes cómo se pondria madre! no puede ser, aunque

mucho lo deseo: ¡pero paciencia! los padres antes que todo.

—Nosotros iremos así que acabemos de cenar, dijo Juan Bautista con firmeza. Padre, venga la llave para no incomodar á nadie, porque tal vez iremos tarde.

La señora Catalina salió sin despedirse, seguida de su esposo y de su hijo.

—¡Perdónala! me dijo Juan en tono suplicante: no te conoce bien, ¡pero luego te adorará! si te incomoda su genio áspero, no creas tampoco que consentiré en que lo sufras: al momento nos separaremos y nos iremos á nuestra casa.

—¡Dejar á tus padres! no me hables de eso, le dije: creo, como tú, que tu madre me amará así que me conozca mejor: y si esto no sucede, lo tomaré como una cruz que me impone la Providencia.

La cena, á pesar de todo, fué triste. Valentina, que se ha casado tambien con César despues que nosotros, era la única persona que estaba alegre: ocupábamos la mesa, los tres matrimonios, mamá, y el niño Aurelio, que no cesa de preguntar por su madre: ¡pobrecito! ¡á no ser por la mia, se hallaria solo en poder de los criados!

En vano trataba mamá de animarnos á todos; ella misma se hallaba triste: ha casado á sus dos hijas y se queda sola...! ¡sola! jamás lo estará mientras vivamos Clara y yo! ¡no en vano ha sido esta madre ejemplar la mejor y mas tierna amiga de sus hijas! ¡no en vano nos ha querido con tanta pasión! presumo, amiga mia, por lo que he visto en las capitulaciones matrimoniales, que se ha desposeido de todo por nosotras... pero ¡todo lo que tengamos ambas será suyo, y además Clara y yo queremos formarle una renta vitalicia que le permita pasarlo con holgura.

Vivirá una temporada con Clara y Camilo, y otra con Juan y conmigo; y la que se quede sin ella, deseará ardientemente volverla á poseer.

Clara es dichosa, y no me admira: su marido puede causar envidia á todas las mujeres: ¡qué encantadora figura! ¡qué nobles maneras! ¡qué elegancia de lenguaje!

He advertido que Valentina le miraba con una tenacidad estraña durante la cena: esta sale esta noche, con su esposo, para Paris, sin cuidarse César de su desgraciada madre, á la que tal vez no hallará con vida á la vuelta.

Clara vá á esa: yo estoy desde anoche en casa de los padres de Juan, que miro como mia... no me atrevo á escribir mas por hoy, querida amiga... veo negras nubes en el cielo de mi porvenir, no por mi marido, que es el mejor y mas noble de los hombres, sino por su madre

que no puede vencer la aversion que me tiene: pero todos estos nublados de la vida los disipa la augusta mirada de Dios.

Véngase V. á mi lado algunos dias, y será dichosa su apasionada amiga

MÉLIDA CAMPOVERDE DE VALDÉS.

XLVI.

VALENTINA A MADAME HONORIA.

Castillo de Montemar, octubre de 18...

¡Ya soy la marquesa de Montemar!

Anoche á las siete se celebraron tres bodas muy distintas en el oratorio de este castillo, que ya puedo llamar mio: la de las dos hermanas Campoverde y la mia.

¡Qué hombre tan admirable es el conde de Peñafiel! ¡ha sobrepujado á todo lo mas bello y mas grande que yo soñaba!

Me saludó con mucha frialdad, y pareció mirar á Mérida con creciente interés, siempre que no miraba á su orgullosa Clara.

A la verdad que no podia llamar gran cosa su atencion el atavio de las dos hermanas: solo llevaban unos sencillos vestidos blancos de muselina: el mio era de tisú, blanco tambien, guarnecido de encajes que sujetaban lazos de perlas.

César quiso hablar al conde dos ó tres veces; pero este huyó sin afectacion de que le dirigiera la palabra.

—¿Por qué no le obligas á que te escuche? le dije yo á César: ¿no está en tu casa?

—Por lo mismo, me respondió, debo evitar las contiendas con él: ademas, le respeto demasiado, y tengo como un gran honor el que se digne estar aquí, aunque sea por pocas horas.

¡Qué imbécil es algunas veces este César!

Clara parece desafiarme porque ha alcanzado un esposo como nunca lo podia esperar, y al lado del cual parece el mio un chiquillo de la escuela; pero ya nos hallaremos en los salones, y me vengaré. César le dice á ella *señora condesa*, y ella á él *señor marqués*: á mí procura no dirigirme la palabra para no darme el título.

A pesar de todo, soy la marquesa de Montemar, y tengo un esposo débil á quien dominaré á mi antojo: ya he empezado á conocer hasta donde llega el ascendiente que tengo sobre él: no queria salir para París, porque decia que no podia resolverse á dejar á su madre enferma y sola; pero yo me puse tan indignada al oirlo, que al instante me ofreció que partiríamos cuando fuese de mi agrado: yo, que no hallo la hora de verme fuera de este caseron, le he exigido que partamos esta misma noche.

Mi madre llora todo el dia, y no hay fuerzas humanas que la senaren del castillo, con lo que yo me hallo de pésimo humor. ¡Cuánto deseo

perder de vista este pais y esta dichosa familia que tanto me avergüenza.

¡Oh, París! ¡cuántas veces me he dicho que no le veria nunca! y ahora voy á ir á él, con una corona de marquesa sobre la frente...! ¡cuántas galas voy á comprar! ¡qué magníficas joyas voy á escojer en los grandes almacenes del Palais-Royal! porque César es muy rico, y no me negará nada: es débil, y una sonrisa mia le vuelve loco!

Todavía no he visto á la Mariscal: dicen que ha perdido el conocimiento, y que el médico ha ordenado que no entre nadie á incomodarla... ¡tanto mejor! de esta suerte me ahorro el mal rato de la despedida, á los que toda mi vida he sido muy opuesta.

Desde París, escribiré á V.: mientras tanto, vea, amiga mia, si le puedo ser útil en algo, y no dude que será siempre su apasionada,

LA MARQUESA DE MONTEMAR.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

AMOR A PRUEBA DE INGRATITUDES.

SONETO.

Nada contra mi amor son tus enojos;
no me puedes llevar á suerte dura,
aunque mi fé constante y mi ternura
con desdenes me pagues y sonrojos.

Por mas que te recates de mis ojos,
mi corazon tu imágen se figura,
y con solo pensar en tu hermosa
rosales para mí son los abrojos.

Verte de lejos por feliz acaso,
de tu falda sentir el leve ruido,
oir tu acento seductor al paso,
tus venturas saber... nada mas pido...
las mias resplandecen sin ocaso,
grandes, inmensas, porque no te olvido.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion.)

—Descuida, contestó ella; y Salvador quedó tranquilo; pues las mujeres, en medio de su ligereza, jamás revelan lo que su propio interés les aconseja tener oculto, ni la que bien ama, los secretos de su amante.

Tal era el estado de las cosas, cuando un dia en la mesa dijo la señora Tuyas á Colo-

ma, cuya tristeza la imposibilitaba de pasar bocado.

—Come, mujer; el pan que te he puesto está del mismo modo; cómetelo, luego quedan pedazos que nadie aprovecha.

—Ya se los daré al gato, respondió la joven reprimiendo las lágrimas que pugnaban por brotar.

—¡Al gato! no faltaba otra cosa; que coma ratas que para eso le pedí; dijo la maestra cogiendo los pedazos de pan y metiéndolos en un cesto que colgó de un clavo bastante alto y frontero á una ventana.

—¡Ratas! repuso Salvador: ¿quereis que coma ratas cuando las tiene agotadas? si pasa así muchos dias y no muere, habrá aprendido á vivir del aire como los camaleones.

—Pues entonces devolverlo á su amo, que no estoy yo para mantener bocas estrañas: cógelo, Coloma, y llévalo ahora antes que luego, dijo la madre con gesto avinagrado.

Al mismo tiempo llegó una pobre á la puerta, Coloma no tuvo valor para despedirla, y entornando la puerta acercóse á su hermana y le dijo tímidamente:

—Madre, es una mujer con dos niños y viene cuasi desnuda; ¿quereis que le dé aquella falda vieja que me regalásteis vos?

—¿La de lana?

—Si señora.

—No, aunque raída, puede servirte para debajo...

—Si vierais á la mendiga, os daria compasion! vos que sois tan caritativa...

La señora Tuyas reflexionó un instante.

—Coge el gato, dijo, y de paso que lo llevas á Eulalia dile de mi parte que si tiene algunas faldas para una pobrecita que está cuasi desnuda te las dé y Dios la recompensará.

El rostro de Coloma espresó la mas pura alegría.

—Sí, las dará, dijo, que es buena y generosa y ninguno que llama á su puerta se va desconsolado; y dirigiéndose hácia el gato pugnó por cogerle. Este, que de manso que era se habia vuelto arisco sin duda á causa del hambre, echó á correr, luego se paró frente á la joven, bufó espeluznado, retiróse hácia atrás y alejándose siempre de espaldas y sin dejar de mirarla con ojos chispeantes metióse debajo de una silla.

—Cógele, Badó, y acabemos, dijo la madre.

Salvador apartó la silla, levantó al animal y lo entregó á Coloma. Al recibirlo esta, le dijo muy bajo: «Tengo que hablarte hoy,» y encendida como la grana de lo que acababa de decir, echó á correr.

Salvador se quedó inmóvil y como dudando de lo que habia oido.

—¿En qué piensas! le dijo su madre.

—En que se han empeñado unos amigos en que vaya con ellos á las encinas.

—¡A tirar al blanco como el domingo pasado!

—¿Quién os lo ha dicho?

—Eulalia que te vió volver.

—¡Ah! verdad que cruzamos unas palabras.

—¡Pobre Eulalia, y qué cariño tan mal empleado ha puesto en tí! ¿cuándo acabarás de conocer tus intereses!

—¡Aun os quejais, madre!

—Si, mientras no seas su marido me quejaré: cástate con ella y harás bueno el refran que dice: «quien en casarse acierta, en nada yerra.»

—Dejad que se case antes Coloma, que no está la casa tan boyante para hacer gastos dobles.

—Si no es mas que eso, se casará y pronto.

—Pues salgamos de este asunto para entrar en aquel.

Salvador dijo esto volviéndose de espaldas para ir á buscar su escopeta que estaba en un rincon de su cuarto.

—¿Te vas ya?

—Sí, señora, y no esteis con disgusto si vuelvo tarde.

—Vé con cuidado que el sitio no es bueno.

—Vamos muchos y no hay que temer.

Y colocándose la gorra y echándose la escopeta al hombro, salió de la casa.

La madre le acompañó hasta la puerta, quedando en ella hasta que por el lado opuesto vió llegar á Coloma.

—Mirad qué faldas, dijo esta mostrándole unas que traía envueltas en un pañuelo y haciendo al mismo tiempo señas á la mendiga que se habia sentado en el umbral.

—¿A qué la llamas? murmuró por lo bajo la señora Tuyas, déjala que aguarde, y cogiendo el envoltorio, entró en la casa.

Allí, inspeccionó detenidamente la prenda y mandó á Coloma que trajera la que habia querido dar.

—Iguales, dijo al verlas juntas, recuerdo que las compramos á la vez.

—Bien podria ser, repuso la joven; pero ahora se parecen tanto como una flor que se abre á otra que se deshoja.

La maestra, sin oirla, siguió dando vueltas á las primeras faldas; despues dijo:

—Están nuevas, solo tienen esta quemadura que con un pedazo de las otras... Y asiendo unas tijeras que colgaban de su cintura cortóles un trozo del sitio menos descolorido que guardó con las nuevas, yendo ella misma á dar las malas y mutiladas á la mendiga. Recibiólas esta con lágrimas de gratitud y alejóse co-

mándola de bendiciones. ¡Cuántas en el mundo se reparten tan injustamente como estas! Por fortuna, Dios solo oye las que son merecidas.

Después de su benéfica acción, la señora Tu-
yas pidió su manto y se fué á la iglesia.

Aun cuando acostumbrada Coloma á rasgos de esta especie, no pudo dominar la mala impresión que le produjo tamaña ruindad, y apenas quedó sola, exclamó:

—¡Qué vida la mía, y qué porvenir! ó casarme con un hombre que me inspira miedo, ó vivir siempre bajo tan dura esclavitud; y si al menos Badó fuera dichoso!...

Las lágrimas, reprimidas mucho tiempo, comenzaron á correr por sus mejillas. De pronto sintió ruido hácia la parte del huerto que daba al campo, levantóse sobresaltada y se encontró con Salvador.

—¿Quién te ha abierto? preguntó sorprendida.

—Yo que me llevé la llave; pero ¿qué tienes que decirme? habla por Dios, ¿qué sucede que yo no sepa?

—Que mañana de madrugada, después que tú hayas salido para Gerona, he de casarme con Peralta.

—¡Mañana! exclamó Salvador con asombro; y añadió: pero, ¿cuándo se ha tratado eso?

—Hace tiempo que tu madre no me habla de otra cosa; anoche, después que saliste, trájole Peralta los papeles necesarios con la dispensa de las amonestaciones; y tu madre, al juntarlos con mí fé de bautismo, me dijo que había llegado la hora, que estuviese preparada para casarme y que me guardase de hablar de ello á nadie y mucho menos á tí. El dolor no me dejó al pronto proferir un acento; pero cuando estuvimos solas, me hincé de rodillas y le pedí llorando que no me casara con ese hombre... pero me dijo tales cosas que tuve miedo. Hasta llegué á suplicarle que me buscara una casa para servir, aun cuando fuese en el campo, que yo le entregara, en cambio de cuanto por mí ha hecho, todo lo que ganara; pero que me dejase soltera. Mas á todo decía que nó; que la gente murmuraría de ella, y que el escándalo era el mayor de los pecados.

Calló Coloma, y después de haber luchado un instante Salvador para dominar la cólera indignación que rugía en su pecho, dijo con voz sorda:

—¡Me engañaba el infame! ¡necio de mí que daba á sus sentimientos la lealtad de los míos!... Me había dicho que su amor era un pretexto... Salvador se detuvo, luego continuó: un pretexto que doró entonces con tales razones que yo le creí; y confiado en tu cariño,—porque si, Coloma, aun cuando no hablemos de ello, tus sen-

timientos y los míos no han cambiado,—esperaba tranquilo un día que no debía estar lejos. ¡Oh! ¿porqué he sido el juguete de ese hombre—¿por qué no me has avisado antes?

—Y cómo, si tu madre no dejaba de repetirme: ¡ay de tí si hablas á Badó de esto! ¡ay de tí! y ¡ay de él! mi maldición os seguirá por doquiera. Cuando le pedía llorando que no me casara, decía: es preciso; mientras estés soltera, Salvador no querrá á Eulalia, y sin ese casamiento no tenemos mas porvenir que la miseria, porque estamos empeñados hasta los ojos; ¡quién me hubiera dicho que después de cuanto por tí he hecho habías de pagarme con semejante ingratitude! ¡Oh! qué bien dice el refrán: cria cuervos y te sacarán los ojos. A esas y otras muchas quejas, que no te repito, no tenía otro medio que someterme á todo; pero cuando he visto cerca el momento, me ha faltado valor, y acudo á tí para que me aconsejes.

Y la jóven, cubriéndose el rostro con el delantal, redobló su llanto.

Salvador de pié frente de ella, apoyado en la escopeta, pálido y sombrío, permaneció largo rato en silencio; al fin, con voz firme, aunque alterada, repuso:

—Tranquilízate, yo te doy palabra de que no te casarás, y ojalá, que arrojando por todo, hubieras hablado antes de ahora. Las cosas no habrían entonces llegado á este extremo. Pero por Dios que aun no es tarde. Adios.

Coloma levantó su precioso rostro lleno de lágrimas como una azucena de rocío, y dijo tristemente:

—¡A dónde vas!

—A impedir que Peralta vuelva.

—Es que no vendrá hasta mañana.

—Ya sabré yo encontrarle; si estuvo aquí anoche, no estará lejos.

—Por Dios; vé como le hablas, que ese hombre es malo.

—No tengas cuidado; y mientras decía esto registraba minuciosamente su escopeta.

Una idea súbita como una exhalación cruzó por la mente de Coloma.

—Esa escopeta puede ocasionarte daño, no la lleses por Dios, díjole con angustia.

Salvador la miró fijamente.

—¡Temes que le mate!

—Temo que riñais y que suceda una desgracia; ¡ah! ¡qué sería de mí si tú faltabas, y, muerto ó matador, yo te perdía!...

—Es verdad, muerto me llorarías y el crimen me haría indigno de tí, repuso Salvador con ese desprendimiento de la vida tan propio de la juventud. Y arrimando la escopeta á la pared y repitiendo adios, tornó á salir por la puerta del huerto.

Apenas desapareció, Coloma comprendió que

su miedo la habia hecho tener una loca exigencia. Salvador solo por esos campos, y sin arma alguna, estaba espuesto á mil peligros que antes no se le ocurrieron, y que en aquel instante se representaban á su fantasia con estrañas proporciones. Intencion tuvo de salir á la puerta falsa y llamarle; pero la voz de la señora Gertrudis, que llegó de repente á su oido, desde la entornada puerta de la calle dondó hablaba con una vecina, la detuvo.

—¡Virgen santa! exclamó, si ve la escopeta, lo comprenderá todo; y asiéndola presurosa, corrió á esconderla en el cuarto de Salvador.

(Se continuará.)

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

EN UN ALBUM.

Hay una ciencia, niña,
La ciencia estética,
Que enseña á todo el mundo
Qué cosa es bella.
Ve de qué modo,
Sin que nunca te viese,
Yo te conozco.

—
Por contrarios preceptos
La misma ciencia
Enseña á todo el mundo
Qué cosa es fea.
Ve tú por donde,
Sin que nunca me vieses,
Ya me conoces.

R. RODRIGUEZ CORREA.

LA VIRGEN DEL ROBLEDO,

PATRONA DE CONSTANTINA DE LA SIERRA.

Colocado este pueblo en las asperezas de Sierra Morena, dentro de la provincia de Sevilla, es muy frecuentado en los meses de estío por personas de la capital, de Cádiz y de otros puntos cercanos, que van allí por motivos de salud muchas, y otras á gozar de la frescura apacible de su clima, de la amenidad variada y verdaderamente encantadora de sus campos y de la pureza de sus aguas. De numeroso vecindario esta poblacion, reúne además en la parte doméstica, si no las esmeradas comodidades de las grandes ciudades, lo que basta para no vivir en este punto con molestia: su trato es culto y bondadoso.

Por los años de 1588 apacentaba Catalina Hortár un rebaño de ovejas al sitio del Reboñar en el norte del pueblo referido, y como á

media legua de distancia. Acompañábala en esta pacífica ocupacion un hijo suyo de corta edad llamado Melchor. Una noche observó este una luz brillantísima en el centro de un roble, fenómeno repetido por espacio de varias, sin interrupcion alguna.

Llevado de la curiosidad, fuese acercando lentamente y con recelo al árbol, y quedó absorto al contemplar que aquellos rayos de viva luz, que desde lejos habian llamado su atencion, eran producidos por el puro resplandor que despedia una imágen de la Virgen colocada sobre el tronco y en el centro de un roble.

Vuelto en sí del éxtasis que produjo en su alma la vista de la hermosa Efigie, corrió á dar á su madre aviso de tan estraordinario suceso. La buena mujer fué al sitio indicado por su hijo, entre incrédula y admirada, y al ver la luz, notó con asombro que se alejaba y desaparecia. Comunicada por esta la noticia del prodigio á otras personas, acompañáronla tambien y observaron, como ella, que la luz iba alejándose hasta que se confundia en la oscuridad.

Entonces la Catalina Hortár puso en conocimiento del cura de la parroquia el suceso, y este lo comunicó igualmente al arzobispo, que á la sazón era D. Rodrigo de Castro. Ordenóle el prelado que, cerciorado de la verdad de la aparicion, acudiese con todo el clero al sitio para recojer á la Virgen y conducirla á la Iglesia del pueblo con la debida pompa.

Llegada la comitiva en solemne procesion al punto indicado, el cura hubo de variar de resolucion por haber manifestado la Virgen, interrogada por el niño, su deseo de que se le tributara culto en aquel mismo lugar.

Refiérese tambien que, como muestra de la predileccion con que miró desde luego la Madre de Cristo á aquella tierna criatura, grabóle en el pecho su efigie y la del Niño que sostenia en sus brazos: y refiérese tambien, conservadas todas estas noticias cuidadosamente, que se hallaba entonces aflijido el pueblo por una contagiosa lepra, y que desapareció repentinamente por el favor de la divina imágen.

Estos milagros encendieron el corazon de los habitantes de Constantina en santo amor por la vírgen del Robledo; que así comenzó á apellidársela no solo por haberse aparecido en un roble, cuanto por el sitio, que por ser un roble, tiene el nombre referido. Levantóse allí al punto un templo, donde tuviera digno albergue, y fué proclamada patrona del pueblo y considerada como intercesora ante Dios en favor suyo.

La vírgen del Robledo es desde entónces, sin interrupcion alguna, el escudo, el amparo y la esperanza de Constantina. Su nombre se oye pronunciar diariamente en cada casa, lo mismo

en las penas que en las alegrías, y una de las primeras cosas que el niño aprende es á reverenciársela y amarla, y á invocar su santo nombre.

Pero cuando una calamidad general aflige á la poblacion, su memoria se aviva en todos los espíritus, porque en ella está su principal confianza y á ella acude llena de fé en su proteccion divina.

¡Oh! nada tan tierno, imponente y sublime como la entrada en el pueblo de la Sagrada Virgen en uno de esos terribles acontecimientos. El vecindario entero sale á recibirla, y una gran parte no se ha contentado con esperarla, sino que, llevada de su amor y ardiente fé, va al Santuario y desde allí la acompaña con tierna devocion. Pero cuando llega á la vista de la multitud desde una pequeña cuesta cercana á la Alameda que está á la salida de la poblacion, todos caen de rodillas, como impulsados por secreto-resorte, y solo se oyen suspiros y sollozos, y solo se ven fisonomías inundadas por el llanto. Todos se olvidan de sí propios, y tienen su mirada fija en la imágen divina, y su espíritu en su favor que le miran como seguro. Hasta el rostro de la Virgen parece que se anima y brilla con resplandor mas vivo que de ordinario, como si el aliento de la Reina de los cielos, agradecida á tanto amor, descendiese á aquella adorada Efigie.

Entonces principian todos los hombres á solicitar el honor de conducir sus andas: y es de ver como pobres, que apenas cuentan con lo necesario para un mezquino sustento, se presentan en la puja de las ofrendas, y se disputan unos á otros las andas, deteniendo á la Virgen en su camino horas enteras, hasta su entrada en el templo parroquial. Estas pujas que ascienden muchas veces á mas de doscientas fanegas de trigo, y que se pagan religiosamente, son uno de los recursos con que el mayordomo de la Señora cuenta para el sostenimiento de su culto.

Preocupacion y fanatismo llamaría el impío, con sonrisa burlona, á estas ardientes manifestaciones de fé y de amor: pero no acertamos que contestaría, al saber que no ha sido traída una sola vez esta Santa Virgen á su pueblo querido, sin que desaparezca la calamidad que le afligia.

Compadezcámosle en su incredulidad, y hasta en el afan que muestra por arrancar á los pueblos sus creencias: inútil será su obra de destruccion: pero si alcanzase su propósito ¿qué le quedaria entonces? el error y el egoísmo. Pues bien; dígasenos si puede existir una sociedad egoísta y sin creencias, y por consiguiente inmoral.

JOSÉ FERNÁNDEZ ESPINO.

TEATROS.

Son tantas las obras estrenadas últimamente, que, mas que una revista, vamos á ofrecer hoy un inventario á nuestras amables lectoras.

Y á la verdad que, con muy raras escepciones, ninguna de aquellas merece un detenido exámen.

En el teatro Real se han cantado sucesivamente *La Ceneréntola*, *Luisa Miller*, *Il Trovatore*, *Rigoletto*, *Don Pasquale*, *Traviata* y *L'elixir d'amore*. La ópera que mejor éxito ha obtenido ha sido *Il Trovatore*, con la cual hacia su debut este año el tenor Mario, tan querido del público de Madrid.

El señor Fagotti, que hizo su primera salida con la ópera *Luisa Miller*, fué recibido con alguna frialdad.

Dícese que la empresa ha dispuesto que se activen los ensayos del *Faust* y del *Profeta*, y que ambas obras se pongan en escena con todo el aparato que su importancia reclama. No de otra manera puede aquella defender sus intereses y quizá evitar la repeticion de escándalos recientes.

En el teatro del Príncipe se estrenó el dia de Noche-buena por la tarde una comedia de gracioso, en tres actos, original de D. Enrique Zumel, y titulada *¿Si sabremos quién soy yo?* la cual llenó su objeto y ofreció ancho campo á Mariano Fernandez para lucir su gracia.

Por la noche se puso en escena, con muy buen éxito, una nueva obra del incomparable autor de *Marcela*, D. Manuel Breton de los Herberos, titulada *Cuando de cincuenta pases...* en cuya ejecucion se distinguió la primera actriz doña Matilde Diez.

La comedia en tres actos del señor Mozo de Rosales, estrenada en la tarde del dia 24 en el teatro de Variedades con el título de *Los ermitaños de la calle del Burro*, dejó muy complacidos á los espectadores, así como el juguete cómico, que se puso despues en escena, titulado *Los airs de Chamberí* y escrito por D. Eduardo de Inza.

Por la noche se representó en este mismo teatro la acreditadísima comedia de Tirso de Molina titulada *La Villana de la Sagra*, ensayada y dirigida por el eminente actor D. Julian Romea, y es popular y gracioso sainete de don Ramon de la Cruz *La comedia de Maravillas*, desempeñada por los primeros actores, entre los que descolló el citado señor Romea, que hizo admirablemente su papel de manolo.

Las dos obras nos ha ofrecido tambien el teatro de Novedades.

La primera es un drama en tres actos que se titula *Moneda corriente*; es original de D. Enrique Gaspar y está escrito con tal galanura y espontaneidad que cautiva y seduce por la belleza de la forma: en su ejecucion se distinguieron la señora Dardalla y el Sr. Zamora.

En la Noche-buena se estrenó el drama *Cora ó La esclavitud*, traducido del francés por don Miguel Morayta: el público aplaudió esta obra cuyas representaciones se han suspendido por una repentina indisposicion del aplaudido actor señor Zamora: restablecido éste ya, vuelve á ejecutarse esta noche y se asegura que, en vista de que la citada obra está llamada á proporcionarle grandes entradas, la empresa piensa completar y perfeccionar su decorado, que no pudo terminarse por la precipitacion con que la puso en escena.

En el teatro del Circo se ha estrenado una zarzuela en tres actos de los señores Nogués é Inzenga con el título de *Oro, astucia y amor*, cuyo éxito ha sido poco satisfactorio: no así el de la titulada *La Insula barataria*, del señor Larra, que fué acogida favorablemente por el público, haciendo repetir una serenata del primer acto y llamando al final al citado autor del libro y al señor Arrieta que, con la cooperacion de algunos discípulos suyos, lo es de la música.

El teatro de la calle de Jovellanos nos ha ofrecido una obra importante: es una zarzuela en tres actos, original del señor Picon, titulada *Pan y toros*, con música del señor Barbieri, la cual está llamada á dar grandes entradas, tanto por las muchas bellezas en que abunda, cuanto por el lujo y propiedad con que la ha presentado la empresa, no perdonando medio para darle realce con vistosos trajes y magnificas decoraciones.

El día 24 se estrenaron por la tarde, en ese mismo teatro, cuatro piezas en un acto: la primera se titula *Suma y sigue*, y es un juguete escrito por D. Mariano Pina, con mucha gracia y ligereza: la segunda, nominada *El hijo de Javapiés*, es una zarzuela en un acto traducida del francés, por D. Juan Belza, la cual alcanzó buen éxito siendo muy aplaudido un coro de psforeros que cantaron los niños acogidos en el Hospicio; la tercera se titula *Las trapioncas de la calle de Gitanos*, y es un chistosísimo arreglo del francés, por el Sr. Nuñez Tavira, la cuarta es una zarzuela en un acto, nominada *El cuerpo del delito*, que llenó completamente su objeto de escitar la hilaridad de los espectadores. La música, del Sr. García Roseti, es muy agradable.

Casi todas las obras, que he enumerado, han constituido las funciones de Pascuas que nos han dado los teatros, á los cuales ha acudido una numerosísima concurrencia, á pesar de haberse

señalado este año las fiestas de Navidad, con una nevada tan abundante, que nadie recuerda haber visto otra igual.

UNA MADRE DE FAMILIA.

A nuestras suscriptoras.

Con este número termina el primer año de EL ANGEL DEL HOGAR, y, antes de comenzar el segundo, no podemos dispensarnos de manifestar nuestra gratitud á nuestras numerosas suscriptoras que han secundado, con su apoyo, la empresa á que con tanta fé y tan buen deseo nos hemos dedicado.

No abrigamos la vana pretension de haber realizado por completo el pensamiento que nos indujo á publicar nuestra revista; creemos, por el contrario, que esta es susceptible de muchas mejoras, que desde luego nos prometemos llevar á cabo; no de otro modo podemos mostrarnos dignos de ese apoyo que se nos dispensa y que, lejos de entibiarse, vemos crecer cada vez mas, y especialmente en estos días en que las listas de suscripcion han tenido y continúan teniendo un aumento considerable.

Prometemos, desde luego, á las madres de familia, y á las lindas jóvenes que nos honran como abonadas, hacer cuanto esté de nuestra parte para que la seccion de labores sea completa, y para que puedan hacerse por sí mismas sus trajes con poco dispendio, á cuyo fin seguiremos dando nuestros elegantes y sencillos figurines, los mas á propósito que hemos hallado para ser copiados, por la claridad de sus detalles, lo distantes que se hallan de la vulgar cargazon de adornos, y la graciosa naturalidad de las figuras.

En una palabra, queremos que los padres, los esposos y los hermanos, al ver nuestro periódico, no le miren con ceño, como el propagador de los dispendios, sino que le acojan con cariño, como el portador de las labores útiles, de los artículos económicos, de las máximas saludables, de las historias morales, y de todo aquello que embellece y hace grato el hogar.

LA REDACCION.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—Imp. Española, Torija, 14.

